



## EL DOCTEUR PASCAL

ÚLTIMA NOVELA DE EMILIO ZOLA

No se ha publicado todavía en volumen, ni ha terminado su inserción en la *Revue Hebdomadaire* y en el ilustrado diario español *La Justicia*; de suerte que mi juicio respecto á la novela más reciente de Zola y última de la serie de los *Rougon Macquart*, antes que de retrasado pecará de prematuro.

Una novela de Zola es ya de los únicos libros que, al salir de las prensas, levantan en el mundo rumor. Diríase, en efecto, que á fines de este siglo en que tanto se escribe, se imprime y se publica, nos ha entrado gran indiferencia y hasta desvío hacia el aluvión de papel que nos envuelve en sus capas blancas tiznadas de negro. Hace pocos días pregunté á un inglés ilustre, el viajero y

escritor Mackenzie Wallace, noticias del movimiento literario en su tierra. "Sobran libros," me contestó: "cada mañana salen muchos nuevos... pero cada noche se olvidan." Lo mismo podría afirmarse de otras naciones. Y no es porque el libro actual esté lleno de faltas, defectos y errores: más bien pudiera asegurarse lo contrario; pues si entre nosotros se escribe á salga lo que saliere, en otras naciones (por ejemplo, Alemania) el libro se medita despacio, se atiborra de erudición y se hace á conciencia. Doble pena: un libro pensado en cinco años se olvida en cinco minutos: flor, no ya de un día, sino de un fugitivo instante. ¿De un instante he dicho? Tal vez ni aun eso, porque hay libros que nacen y desaparecen sin que nadie haya reparado en ellos, y son la mayoría casi absoluta.

Zola disfruta del inestimable privilegio de sacarnos de nuestro retraimiento á los mismos que, saturados de lectura y recelosos á poder de desengaños, ya miramos la cubierta del libro nuevo como se mira el trozo de camino árido que es preciso recorrer bajo

un sol abrasador. Zola, — con Tolstoy, Ibsen, y acaso Bourget, *en su línea*, — es [de los autores que impulsan á velar sacrificando el dulce sueño, si los quehaceres del día obligaron á dejar interrumpida la lectura.

¿Es esto decir que Zola *divierte*? No: tal palabra sugeriría un concepto erróneo, aun cuando el concepto de la *diversión* es lo más subjetivo que hay en el mundo; y si no recuérdese el caso de aquel hijo de la Gran Bretaña, que enarbolando una caña sin anzuelo, permanecía horas enteras ante un charco. “Pero milór, si ahí no hay peces, díjole una viejecita. “No es por los peces, es por la diversión”, contestó en tono de ofendida dignidad.—En suma, y prescindiendo de anomalías, lo que generalmente se llama *diversión* no se parece á lo que sacamos en limpio de la lectura de Zola. Nadie ignora los antecedentes y propósitos que guiaron al célebre autor francés cuando dió principio á la serie de novelas, hoy terminada, que tituló los *Rougon Macquart*. Zola explicó cien veces su plan, como si temiera que el lector no se hiciese cargo (temor no infun-

dado enteramente). Una idea transformista (la virtud de la herencia) y otra idea determinista (la ineluctable necesidad que regula hasta la función psíquica), ideas bebidas en Darwin y Claudio Bernard, fueron la armazón filosófica de tan vasta serie. No necesito repetir profesiones de fe que hice extensamente en *La Cuestión palpitante*: el contenido filosófico de Zola me ha parecido siempre mezquino y erróneo. Pero una filosofía enteca y superficial no es incompatible, en el novelista, ni con el vigor analítico, ni con la hermosura y fuerza de la invención, ni con la opulencia de la fantasía poética; ahí está Tolstoy, el hombre de más altas facultades artísticas que hoy existe en Europa, y que en filosofía disbarra lastimosamente, dejándose tamañitos á los iluminados, beguardos y cátaros de la Edad Media. La filosofía de Zola se cae hacia el materialismo escueto: la de Tolstoy se precipita al misticismo delirante. Ninguno de los dos es mi filósofo, ni siquiera mi pensador: entrambos son mis dos grandes, excelsos, incomparables novelistas entre los que

viven. La serie de los *Rougon Macquart*, que ahora termina, ni me ha convencido ni enseñado la menor cosa respecto á los orígenes, causas y leyes que rigen el Universo: en cambio sobre lo relativo y finito,—la sociedad, el hombre, las costumbres, las pasiones, los vicios, las virtudes y los problemas de nuestra edad,—he aprendido tanto en esas páginas luminosas, que sólo puedo comparar el efecto de su lectura con el de la lectura de Shakespeare: si bien Shakespeare está muchos peldaños más arriba, cabalmente porque supo expresar mejor la realidad total, que no se reduce á lo que vemos y podemos apreciar con nuestros sentidos.

La armazón filosófica es el lado flaco de los *Rougon Macquart*, y basta para quitar todo su valor á la idea serial y toda la trascendencia, buscada por el novelista, á las vicisitudes del neurósico familión. En sucintas palabras, y con sólo recordar el viejo aforismo, *mens sana in corpore sano*, expresaríamos mejor lo que Zola diluyó en veinte tomos ó poco menos. Por lo mismo

que en los tomos anteriores yo no había logrado penetrar toda la medula y nata de la idea zolaesca, esperaba con afán este libro, resumen, sin duda alguna, del pensamiento del autor, y clave de bóveda del monumental edificio. Y en efecto, la intención de Zola ha sido que este tomo explicase los otros completamente, encerrando en breves límites el veneno y la triaca, el fenómeno y el númeno, la suma de dolor y la suma de consuelo que existe en la procesión de las cosas humanas. Debe de ser torpeza mía si, en este punto, después de haber leído enteramente el *Docteur Pascal*, no he quedado ni enterada, ni persuadida.

El doctor Pascual representa la *ciencia*, divinidad misteriosa cuyos milagros han contribuido á extraviar gravemente nuestro criterio filosófico, desde fines del siglo pasado, desde que Franklin, como el fabuloso titán, arrancó "á los cielos el rayo, y á los tiranos el cetro".—Deseoso de entregarse por completo á sus investigaciones y estudios, el doctor Pascual Rougon se retira á una finca muy hermosa, próxima á Plassans, la Sou-

leíade, y vive allí en compañía de una vieja criada adicta y leal como un perro, y de una sobrina huérfana, linda y moza, á la cual sirve de padre. A fuerza de meditar en el modo de disminuir la suma de los dolores y males que afligen á la humanidad, el doctor ha ideado unos pinchacitos ó inyecciones de suco nérveo, con que los gastados adquieren vigor, los dementes cordura, los tísicos nutrición y los anémicos sangre. Adolece de incierto el método del doctor, y él mismo lo reconoce, comprendiendo que su remedio dista mucho de ser universal panacea; sin embargo, cree haber entrevisto el camino por donde llegar á la conquista de una especie de elixir cúralo-todo. Como Pasteur y como nuestro Ferrán, Pascual entiende que sólo el tiempo perfeccionará el descubrimiento, pero que los resultados obtenidos bastan para impulsar á esa perfección ideal, gloria del siglo que la alcance.

Al mismo tiempo que extrae y destila substancia nerviosa para sus inyecciones, el doctor se entrega á detenidos estudios sobre la ley de herencia, y la comprueba por medio

de múltiples notas y expedientes que instruye sobre toda su progenie, ó sea sobre la familia Rougon Macquart. Allí tiene cada individuo su legajo, y hasta de las criaturas que aún no nacieron alza el horóscopo el nuevo nigromante. Así como el Sandoz de *L'Œuvre* era una encarnación de la personalidad de Zola, el doctor Pascual, al acopiar datos para el árbol genealógico y la historia natural de su familia, es otro símbolo del novelista (el cual, debiendo representar *el arte*, se empeña en representar siempre *la ciencia*). Estos papeles de familia, archivados en secreto armario, los acecha, como ágil gata, la vieja Felicidad Rougon, ansiosa de reducir á cenizas todo lo que pueda disminuir la estima y respetabilidad de que los Rougon, engrandecidos por la política del segundo Imperio, disfrutaban en la villita de Plassans.—Y el empeño de Felicidad me parece otro símbolo: la burguesía condenando el naturalismo y sus crudezas, en nombre del *decorum*, como dicen nuestros vecinos, ó del *bien parecer*, que diríamos nosotros. Sí; en Felicidad ha encarnado Zola

á los que ante la epopeya de los Rougon se velaron la faz y escribieron, con todas sus letras, que Zola era la mengua y el oprobio de Francia.

Clotilde, la sobrina del doctor—figura de mujer que me parece creación puramente imaginativa, á pesar de ciertos vivos rasgos de realidad femenil que en ella nota—también simboliza algo, como la anciana criada: simboliza la fe, el espiritualismo, que protestan contra la ciencia positiva y la piden, no conquistas parciales, victorias de un minuto sobre el dolor y la enfermedad, sino verdades y consuelos para el espíritu, esperanzas radiosas que ayuden á conllevar la triste existencia presente, en suma, perspectivas de paraíso y celestiales horizontes. La humilde labor del experimentista que noche y día vela para conseguir atenuar el sufrimiento y dilatar una pulgada siquiera los regios dominios de la salud, parece á la idealista estéril y ociosa. Lo que necesita sanar y vivir es nuestra alma inmortal: el cuerpo, por más que se haga, es carne corruptible y perecedera: la Sabiduría lo ha

dicho, toda carne es heno que se marchita y agosta al calor del sol.

Clotilde siente por su tío profunda veneración, y por obediencia y por cariño se convierte en su ayudante de laboratorio y en su dócil alumna. No le llama *tío* sino *maestro*, y la palabra *maestro* adquiere en sus labios la entonación más dulce y tierna. Sin embargo, y aunque tiene al doctor, no sólo en concepto de sabio, sino de excelente y caritativa persona, de morigeradas costumbres y noble y afable carácter, Clotilde, lo mismo que la vieja criada, nota que le falta á cofre de tan rica madera la llave de oro, ó sea la fe. ¿Qué vale estudiar, saber y conocer verdades chicas, si se ignora ó se pierde de vista la gran verdad, la verdad suprema: Dios y la vida futura? Ese mismo empeño de suprimir el dolor y la enfermedad, ¿no encierra algo de sacrilego, una contravención á la voluntad divina, que nos envió al mundo para sufrir, merecer y ofrecer á Dios las tribulaciones que con resignada voluntad soportemos?

Estos pensamientos desesperan á Clotilde. Sueña con redimir al doctor, con abrirle los

ojos del espíritu y romper, cual otra Margarita, el pacto diabólico de aquel inofensivo Fausto.—La escena culminante de la novela es, sin duda, la de la *era*.—Clotilde, exaltada por la palabra de un capuchino que ha llegado á Plassans y predica todas las tardes, siente lo que puede llamarse *sed del cielo*, y sale al huerto de la Souleiade para empapar-se en ese espectáculo soberano de que nunca se saciaron Fray Luis de León y Santa Teresa: el espectáculo de las almas contemplativas, el firmamento azul salpicado de estrellas resplandecientes. Pascual echa de menos á Clotilde á la hora de la cena, y después de haberla llamado á voces por toda la casa, la encuentra en la era, tendida boca arriba, clavados en la alta bóveda los ansiosos ojos. Sobre las mismas piedras de la era, recalientes del sol del abrasado día, tiéndese al lado de su sobrina el doctor y entáblase un diálogo de toda belleza y sublimidad: la niña pidiendo el cielo, el viejo queriendo calmarla y que se conforme con la tierra mísera, con la vida fecunda y nunca agotada del universo físico, con la cadena evolutiva de los se-

res y el hervidero incesante de la reproducción. Pero á Clotilde no le basta; exige algo más alto, más puro, más estético: los cielos abiertos y el Hijo del hombre á la diestra de Dios Padre. El doctor no la puede ofrecer sino sus alambiques, sus morteros y su elixir de substancia nerviosa. Retírase humillado, y entre el sabio y la creyente se establece una penosa hostilidad.

La abuela Felicidad, en su anhelo de que desaparezcan los papeles comprometedores para los Rougon, incita á Clotilde á que los sustraiga, haciéndola erer que así se salvará el alma del doctor. Clotilde intenta la sustracción, pero el doctor la advierte, se arroja á impedirle, lucha con Clotilde, la arranca los preciosos legajos, y en la violencia de la acción la hiere en un hombro. Confieso que todo esto de la conspiración contra los legajos, si puede encerrar un simbolismo grato á Zola, como recurso no me gusta: tiene algo de melodramático y recuerda demasiado el asunto de una obra de Alejandro Dumas hijo: *La femme de Claude*.

Desde esta extraña escena, la novela cam-

bia de rumbo, y aunque gana mucho en interés humano, pierde en el simbólico. Al drama de conciencia, al conflicto entre la ciencia y la fe, que tanto prometía y que podía elevar la novela hasta el tipo grandioso y poemático de *Germinal*, sustituye un idilio amoroso nuevo y raro, divinamente narrado, que haría estremecerse de gozo el dolorido corazón de Moratín: el idilio del viejo y la niña.

Hay en Plassans un médico joven, el doctor Ramond, que aspira á la mano de Clotilde. Es un pretendiente muy simpático y aceptable, y al pronto tío y sobrina ven complacidos las intenciones de Ramond. Entáblanse las negociaciones; Clotilde y su futuro conferencian, y en esos preliminares que debieran ser sugestivos y dulces, la niña siente cómo su corazón está ya ligado por misterioso lazo, y cómo el afecto juzgado filial es devoción absoluta y sin límites. Clotilde reconoce que está enamorada de su tío, del hombre encanecido en el estudio, de la cabellera de nieve y los cansados años del doctor. ¡La fe prendada de la ciencia!

Si la pasión de Clotilde es singular cuando menos; si aunque no imposible, parece anómalo el que tan fresca muchacha delire por el anciano á quien siempre miró como padre y á quien sólo la casta adhesión que inspira el padre debiera tributar; si lo que en Pascal se calificaría de disculpable flaqueza de corazón tiene en Clotilde carácter de extravagancia romancesca, no por eso hemos de negar que cabe en la realidad, y que Zola agota los recursos de su arte de novelista para que se justifique y hasta se embellezca la peregrina resolución de una criatura joven, doncella y linda, que de repente se arroja en los brazos de un respetable señor, y se le entrega á todo su talante, sin acordarse del mundo, ni de Dios, en quien sin embargo cree.

Se ha dicho de Zola—y la observación es profunda y exacta—que muchas veces yerra por prescindir de un hecho sencillo: la venida de Cristo al mundo. No sé si el viaje á Lourdes habrá rectificado las ideas del excelso novelista, y entiéndase bien que no aludo á supuestas conversiones, sino á la

adquisición de un principio claro y luminoso; á comprender que, desde la fundación del cristianismo, hay en la humanidad elementos espirituales que antes no se conocían, y que estos elementos influyen sobre el carácter, proporcionalmente á su elevación y fuerza moral, no pudiendo cesar de influir de un modo radical y brusco, sino, á lo sumo, después de un combate más ó menos reñido, siempre sangriento *interiormente*. La Clotilde exaltada que pedía el cielo para esperar y soñar; la Clotilde fanática que se disponía á entregar á las llamas los manuscritos del sabio, no podía ser la Clotilde que, sin vacilación, sin remordimiento, sin pensar siquiera en la bendición nupcial, que nadie ni nada se oponía á que recibiesen, se introduce en el lecho de su tío, al modo patriarcal, como Rut en el de Booz, y vive así libre de todo recelo, alegre, venturosa, desafiando, no ya la opinión — que podría importarla un bledo, — sino la ley divina — que tanto la importaba.

Admitida la existencia de estas dos Clotildes diferentes, diré que ambas son muy bellas artísticamente, y los amoríos del tío y

la sobrina, retratados por aquel pincel milagroso que cuando quiere desuella, tunde, raja y magulla, pero que también sabe pasar con aérea delicadeza sobre la superficie de la realidad sin recoger más que la gracia y el perfume de las cosas, pierden cuanto puede haber de repulsivo en el trato entre viejo y niña, quedando sólo, bajo el toque genial del maestro, la bíblica poesía del caso del rey David y la Sunamita, y el ya disipado olor de la siega en las granjas de Booz. La majestad oriental de los prolíficos patriarcas á quienes sirven de aureola sus plateados cabellos, desciende, á la evocación de Zola, sobre la quinta de la Soulejade, donde se aman con transporte un anciano de muchos días y una mocita lo mismo que unas flores de Abril.

Sin seguir paso á paso la novela — de la cual, sin duda alguna, lo más interesante son estos raros amoríos — diré en resumen que Clotilde y el doctor, embelesados, no advierten que se cierne sobre ellos la ruina; que al verse sin recursos, el doctor se resuelve á enviar á Clotilde á París, con su hermano Máximo; que ella lucha por no se-



pararse de su amado viejo, y accede al fin, movida de una consideración también extraña: la de que sus amoríos no han fructificado, y el niño, que Pascual y ella esperaban con ansia, no da indicios de venir al mundo. A poco de haberse separado de Clotilde, el doctor siente los primeros ataques de una enfermedad que no puede ignorar que es mortal: la angina de pecho. Lucha con ella y tiene la generosa abnegación de no llamar á Clotilde, por no afligirla. Un día recibe casi á la vez dos felices nuevas: la de haber recobrado gran parte de su caudal, y la de que Clotilde está en cinta. ¡El bienestar y el hijo!

Ni del uno ni del otro ha de disfrutar el cuitado doctor: avisa á Clotilde para que venga, pero momentos antes de la llegada del tren que conduce á la niña, el viejo sucumbe al terrible mal: la angina de pecho le ahoga. Felicidad Rougon aprovecha el suceso para quemar los manuscritos, y Clotilde se retira del mundo, dedicándose á esperar al retoño, y, cuando nace, á criarle y nutrirle á sus pechos. Con el tenaz mesianismo

de las madres, Clotilde sueña que aquel niño, hijo de tal padre, fortalecido con leche tan fresca y sana, será el regenerador de la decrepita y exhausta pregenie de los Rougon Macquart, extinguida en Carlos, el degenerado chiquillo, en Macquart el alcohólico, víctima de la combustión espontánea, y en Adelaida, la bisabuela centenaria é idiota.

Si este mesianismo puede bastarnos, alegrémonos, pues Zola no nos ofrece cosa mejor. Desde la cruz á la fecha, si algo demuestra la última novela de Zola, es que, en efecto, la ciencia, á fines del siglo XIX, ha dado en quiebra estrepitosamente, y las ilusiones de nuestros tatarabuelos cuando se descubrió el pararrayos serían candideces. en nosotros ¡El doctor Pascual, el representante de la potencia científica, es impotente para dilatar una hora el trance horrible de morir: desea ver á Clotilde antes de cerrar los ojos para toda la eternidad, y una existencia entera dedicada á la investigación no le ha hecho dueño de ningún recurso que engañe diez minutos á la ávida muerte!

En suma, la impresión definitiva que produce el *Docteur Pascal*, es que Clotilde tenía razón cuando, boca arriba sobre los candentes guijarros de la era, en estrellada y magnífica noche, pedía el cielo y no quería que se lo arrebatasen en nombre de filosofía ninguna. Y así acaba la serie de los *Rougon Macquart*, y así, del conjunto de crueles y repugnantes estudios anatómicos que adornan como sangrientos trofeos la magna obra zolaesca, álzase, á modo de columna de incienso quemado al pie del altar, la perpetua aspiración de nuestras almas siempre doloridas y tristes, siempre orientadas hacia el ideal, aunque parezcan muy entretenidas en considerar tanta cosa fea y estrambótica como sucede de tejas abajo...



## LIBROS NUEVOS

**D**ESEARÍA mucho que se persuadiesen los autores de que si no hablo de todos los libros que me mandan es por dos razones potísimas. La primera, escasez forzosa de espacio donde juzgarlos y de tiempo para leerlos. La segunda, repugnancia á armar-me de una severidad pedantesca é inútil, para reprobear obras que nacen muertas y con las cuales no viene á cuento ensañarse. ¿Hay *juicio crítico* más expresivo que coser-se la boca?



Escogiendo entre los tomos que se amontonan delante de mí, otorgaré el lugar preferente á los poetas, y, para proceder con mayor cortesía aún, á las poetisas.